

Aniversario del Combate de San Lorenzo

por Gustavo Carrère Cadiránt

Acciones previas

Con el principio de 1813, sábase que en la isla de Martín García, fortificada por las autoridades de Montevideo, está concentrado un importantes número de soldados, a los que manda el capitán artillero Antonio Zabala, "vizcaíno testarudo, de rubia cabellera -dice Mitre- que a una estatura colosal reunía un valor probado". Se prepara una expedición fluvial, que dirigirá el corsario Rafael Ruiz, con el propósito de destruir las defensas del Paraná y abrir el camino del Paraguay. En Buenos Aires, por consejo de una Junta de Guerra, decídese desarmar las baterías del Rosario y reforzar las de Punta Gorda, además de ordenarse al coronel [San Martín](#) que proteja con sus granaderos la costa desde Zárate hasta San Nicolás.

Los atacantes se ponen en marcha ya avanzado enero. Por el Guazú penetran tres naves de guerra de la escuadrilla montevideana y once embarcaciones armadas, con 350 hombres a bordo, entre tripulantes y soldados. El 28 pasan frente a San Nicolás y dos días después fondean a la vista del Rosario. Para impedir un eventual desembarco, el comandante militar de la villa, el oriental Celedonio Escalada, reúne una cincuentena de milicianos, a los que dará apoyo un cañoncito de montaña. Por la noche siguen hacia el Norte y en la madrugada del 31, tras recorrer cinco leguas, están frente a San Lorenzo, donde anclan a unos 200 m de la orilla.

"Este es el punto -dice [Mitre](#)- en que el río Paraná mide su mayor anchura. Sus altas barrancas por la parte del oeste, escarpadas como una muralla cuya apariencia presentan, sólo son accesibles por los puntos en que la mano del hombre ha abierto sendas practicando cortaduras. Frente al lugar ocupado por la escuadrilla se divisaba uno de esos estrechos caminos inclinados en forma de escalera. Más arriba, sobre la alta planicie que coronaba la barranca, festoneada de arbustos, levantábase solitario y majestuoso el monasterio de San Carlos con sus grandes claustros de sencilla arquitectura y el humilde campanario que entonces lo coronaba.

Un centenar de soldados de Zabala desembarca en las primeras horas de la mañana, llega hasta el convento y se conforma con tomar unas pocas gallinas y melones, dado que el ganado vacuno ha sido llevado al interior. Y como se acercan los milicianos de Escalada, la hueste montevideana torna a sus barcos. La jornada concluirá con un cañoneo sin consecuencias.

En la noche del 31 logra fugar de la escuadrilla un preso paraguayo. Avisa a los milicianos que Zabala, quien según él no dispone de más de 350 hombres, se apresta a desembarcar para apoderarse de los caudales que cree escondidos en el convento y después, seguir viaje al Norte. Estas novedades son participadas por Escalada al **coronel [San Martín](#)**, quien las recibe sobre la marcha que ha iniciado el 28. Ese día, cumpliendo órdenes, partió de Buenos Aires al frente de sus granaderos. Marcha por el derrotero de postas que existen camino de Santa Fe: Santos Lugares, Conchas, Arroyo Pinazo, Pilar, Cañada de la Cruz, Areco, Cañada Honda Arrecifes, San Pedro, San Nicolás, Arroyo Seco, Arroyo del Medio, Rosario, Espinillo y San Lorenzo, ubicada a una legua del convento y a la que llega el 2 de febrero por la noche.

Cuéntase que fue en una de esas noches memorables que se vio por primera vez a este militar tan austero como apegado de suyo a la rigidez del uniforme europeo, divorciado con él, trocando espontáneamente su entorchada casaca y plumoso falucho, por el humilde chambergo de paja americano, para así disfrazado, mejor observar los pausados movimientos del convoy, que seguía de hito en hito, y cuyas altas velas creía a cada paso divisar en lontananza.

Al llegar a la posta de San Lorenzo, el jefe de los granaderos se encuentra con un viajero, quien descansa en su carruaje, a la sazón desenganchado. Es Guillermo Parish Robertson, comerciante británico vinculado al Foreign Office. Será testigo del suceso por ocurrir y lo narrará por escrito.

El combate

Tras reponerse y reemplazar las cabalgaduras cansadas, se reinicia la marcha. Pasada la medianoche, las tropas penetran en el predio rural de los franciscanos y, con el despuntar del día, llegan al convento, cuyos patios ocupan. A nadie encuentran porque los religiosos se han marchado dos días atrás ante la amenaza de nuevos desembarcos. Y éstos no son mera posibilidad: tras el realizado el 30 de enero, hubo un segundo el 2 de febrero, mas no en la costa, sino en una isla vecina.

[San Martín](#) cuenta con 120 granaderos y los 50 milicianos de Escalada. Sabe que Zabala tiene el doble de efectivos, pero, como dice a Robertson, duda de que a los montevidianos les toque la mejor parte.

Y le agrega al británico:

Combate de San Lorenzo

"... su deber no es pelear. Yo le daré un buen caballo, y si ve que la jornada nos es adversa, póngase en salvo. Sabe V. que los marinos son maturrangos". Y a poco de llegar al convento, se pone a estudiar el terreno: al frente de aquél, dice Mitre, "por la parte que mira al río, se extiende una alta planicie horizontal, adecuada para las maniobras de la caballería. Entre el atrio y el borde de la barranca acantilada, a cuyo pie se extiende la playa, media una distancia de poco más de 300 m, lo suficiente para dar una carga a fondo. Dos sendas sinuosas, una sola de las cuales era practicable para la infantería formada, establecían la comunicación, como dos escaleras, entre la playa baja y la planicie superior".

Reconocido el terreno, con el alba ubica [San Martín](#) a sus granaderos tras muros y tapias, con los caballos ensillados y las armas preparadas. Desde el campanario ve, siendo ya las cinco de la mañana, que de las naves se desprenden lanchas con tropas rumbo al llamado puerto de San Lorenzo, lugar ubicado al pie del barranco y cercano a la desembocadura del arroyo homónimo.

Como allí la orilla es menos escarpada que frente al convento, la pendiente facilita el paso a los 250 infantes de Zavala y el rodar de la artillería, formada por dos piezas de a cuatro. Corrida media hora, ya se ve asomar por el borde de la barranca a los atacantes, formados en dos columnas, con pendones desplegados y alentados por el sonar de tambores y pífanos. Tras descender del campanario, el coronel ordena a los granaderos montar a caballo y no disparar un tiro, confiándolo todo a sables y lanzas.

Con su corvo en la diestra, arenga a quienes van a recibir su bautismo de fuego y concluye diciendo: "Espero que tanto los señores oficiales como los granaderos se portarán con una conducta tal cual merece la opinión del Regimiento", y enseguida se pone al frente de una de las dos divisiones en que ha repartido a la tropa, en tanto que con la otra hace lo propio el capitán Bermúdez. El coronel atacará al enemigo de frente, en tanto que su segundo, dando un pequeño rodeo, lo hará por el flanco de los infantes para impedirles la retirada.

La aparición de los granaderos sorprende a Zabala, quien ordena formar a los suyos en martillo porque no hay tiempo para hacerlo en cuadro. Para describir la acción, nada mejor que leer el parte que redactará Rafael Ruiz, jefe de la expedición:

"...por derecha e izquierda del referido monasterio salían dos gruesos trozos de caballería formados en columna y bien uniformados, que a todo galope sable en mano cargaban sobre él despreciando los fuegos de los cañoncitos, que principiaron a hacer estragos en los enemigos desde el momento que les divisó nuestra gente. Sin embargo de la primera pérdida de los enemigos, desentendiéndose de la que les causaba nuestra artillería, cubrieron sus claros con la mayor rapidez atacando a nuestra gente con tal denuedo que no dieron lugar a formar cuadro sino martillo. Y tras afirmar que la carga inicial ha sido rechazada y que los granaderos se retiran", sigue diciendo: "...ordenó Zabala su gente a fin de ganar la barranca, posición mucho más ventajosa, por si el enemigo trataba de atacarlo de nuevo. Apenas tomó esta acertada providencia cuando vio al enemigo cargar segunda vez con mayor violencia y esfuerzo que la primera. Nuestra gente formó aunque imperfectamente un cuadro por no haber dado lugar a hacer la evolución la velocidad con que cargó el enemigo."

Juan Bautista Cabral

El combate -que no durará más de quince minutos y quedará decidido en los primeros tres- pone en riesgo la vida del Jefe criollo y traerá la muerte para varios de sus subordinados. Así, al ser recibida con un nutrido fuego la columna que encabezaba San Martín, su caballo, herido por aquél, lo derriba en tierra y le oprime una pierna al caer. Un arma blanca hace una leve herida en su rostro, y un invasor se apresta a rematarlo con su bayoneta. Con un certero lanzazo salva la situación el puntano Baigorria en tanto que el correntino Juan Bautista Cabral echa pie a tierra y, con tanta fuerza como serenidad, libera a su coronel del peso que lo sujeta, para caer a su vez por obra de dos heridas mortales. Bermúdez será gravemente herido por un disparo hecho desde las naves al mandar en jefe -por tener [San Martín](#) un brazo dislocado a raíz de su caída- una segunda carga. Y el teniente Manuel Díaz Vélez, tras desbarrancarse, recibirá tres heridas -una de bala en el cráneo y dos bayonetazos en el pecho- y quedará prisionero.

Al inmediato deceso de Cabral -quien, según la tradición murió exclamando "¡Muero contento, hemos batido al enemigo!"-, se agregarán días después, en el convento, las de Bermúdez y de algunos soldados. Aquél, herido y quebrado en una pierna, falleció el 14 de febrero, mientras convalecía. Con el tiempo, circuló la versión de que, desesperado por no haber podido impedir la retirada de los invasores, se quitó el torniquete que sujetaba el muñón y dejóse morir. Díaz Vélez no logró recuperarse de sus heridas y murió el 20 de mayo. Agreguemos que varios granaderos quedaron inútiles para el servicio y recibieron cédulas de invalidez. [San Martín](#) se ocupará de todos y, así, pedirá el 27 de febrero amparo para las familias de Bermúdez y Cabral, haciendo otro tanto el 22 de mayo en favor de la de Díaz Vélez.

La jornada costará a los vencedores quince muertos, veintisiete heridos y un prisionero. Este, el ya nombrado Díaz Vélez, será canjeado al día siguiente junto con tres lancheros paraguayos capturados por los corsarios antes del combate (los tres liberados se incorporarán como voluntarios al Regimiento. Uno de ellos, Félix Bogado, el 13 de

Combate de San Lorenzo

febrero de 1826 volverá a Buenos Aires, con el grado de coronel, al frente del resto de los granaderos que regresan en esqueleto al cuartel de origen tras contribuir decisivamente a la libertad de América.

Como trofeos quedan dos cañones, cincuenta fusiles, cuatro bayonetas y una bandera, tomada por el teniente Hipólito Bouchard. Los atacantes dejarán en el campo cuarenta muertos y tendrán trece heridos, entre ellos Zabala, su jefe. Este toma a desembarcar en la mañana del 4 para parlamentar. Solicita carne fresca para atender a los heridos, que se le concederá en cantidad de media res y participa de un desayuno criollo.

El 5, los montevideanos cambian el rumbo y se marchan río abajo. En este día, pasadas las 12, la noticia del éxito llegará a Buenos Aires, donde se la celebra con una salva de artillería y repique de campanas. El 6, [San Martín](#) redacta un segundo parte, mucho más circunstanciado, y comunica que, aunque considera que el enemigo no podrá repetir sus invasiones, destaca una vanguardia para que los vigile, en tanto que el resto de sus tropas emprenderá el regreso. No lo hará sin antes visitar a los heridos y despedirse de los conventuales, metropolitanos todos, a los que manifiesta afecto y agradecimiento.

Consecuencias del combate

Para valorar la importancia del combate del 3 de febrero de 1813, cabe recordar lo expresado por el historiador español Mariano Torrente, quien sostiene que, hasta San Lorenzo, los marinos españoles contaban el número de sus éxitos por el de sus empresas, pero que al chocar con un jefe valiente y afortunado como San Martín, conocieron la derrota. Agrega que el triunfo logrado por el jefe americano le dio arrogancia militar y estímulo para realizar otras empresas. Por su parte, José Pacífico Otero dice que este éxito no fue una gran victoria en el sentido militar propiamente dicho, con un entrevero de 400 hombres, entre atacantes y atacados, se libra combate, pero no se libra una batalla. Hay triunfos, sin embargo, que, siendo pequeños en apariencia, lo son grandes por sus efectos trascendentales, y esto sucedió con San Lorenzo, combate en el cual con sólo dos cargas San Martín liquidó al enemigo en un brevísimo espacio de tiempo. Con todo, nada lo hinchó, ni nada le permitió clasificar de victoria lo que a su entender -la modestia fue siempre en [San Martín](#) un rasgo fundamental- era sólo un "escarmiento". Años después, en su correspondencia con Miller, al referirse a la caballería, el Libertador tendrá muy presente a los granaderos y a este combate al decir:

"Hasta la época de la formación de este cuerpo, se ignoraba en las Provincias Unidas la importancia de esta arma, y el verdadero modo de emplearla, pues generalmente se la hacía formar en línea con la infantería para utilizar sus fuegos. La acción de San Lorenzo demostró la utilidad del arma blanca en la caballería, tanto más ventajosa en América cuanto que lo general de sus hombres pueden reputarse como los primeros jinetes del mundo".

Fuentes

- Mayochi, Enrique Mario - El Combate de San Lorenzo - Instituto Nacional Sanmartiniano.
- Oscar J. Planell Zanone / Oscar A. Turone – Patricios de Vuelta de Obligado.

"Antes de finalizar el mes de febrero, San Martín se dirigió de nuevo a su gobierno para hacer un acto de justicia reparadora con los granaderos que en San Lorenzo habían honrado la Patria con el sacrificio de sus vidas. Textualmente, decía:

"Como sé la satisfacción que tendrá V. E. en recompensar las familias de los individuos del regimiento, muertos en la acción de San Lorenzo, o de sus resultas, tengo el honor de incluir a V.E. la adjunta relación de su número, país de su nacimiento y estado. No puedo prescindir de recomendar particularmente a V. E. a la viuda del Capitán don Justo Bermúdez, que ha quedado desamparada con una criatura de pecho, como también a la familia del granadero Juan Bautista Cabral, natural de Corrientes, que, atravesado por dos heridas, no se le oyeron otros ayes que los de: ¡Viva la patria!, muero contento por haber batido a los enemigos; efectivamente, a las pocas horas feneció, repitiendo las mismas palabras."

Asimismo, debemos recordar que, sobre este Combate, el Gral. San Martín, entre otros, consignó los siguientes datos:

"Los granaderos muertos en la acción de San Lorenzo fueron los siguientes:

Combate de San Lorenzo

JENUARIO LUNA	San Luis
JOSÉ GREGORIO	
BASILIO BUSTOS	
JUAN BAUTISTA CABRAL	Corrientes
FELICIANO SILVA	
RAMÓN SAAVEDRA (casado)	Santiago del Estero
BLAS VARGAS	
RAMÓN ANADOR	La Rioja
DOMINGO SORIANO GUREL	
JOSÉ MÁRQUEZ	Córdoba
JOSÉ MANUEL DÍAZ	
JUAN MATEO JELVES	Buenos Aires
DOMINGO POURTEAU	Saint Godin, Alto Garona, Los Pirineos
JULIÁN ALZOGARAY	Chile

*A la lista de estos muertos hay que agregar el nombre del **Capitán Justo Bermúdez** que, a consecuencia de sus heridas, falleció en San Lorenzo el día 14 de febrero. Todo esto hace un total de 14 soldados muertos y un oficial, o sea quince bajas.*

Aún cuando no fueron heridos se distinguieron en este combate:

El Teniente don Mariano Necochea; el Alférez don José Fernández de Castro; el portaestandarte y ayudante en comisión don Manuel de Escalada; el cadete don Pedro Castelli; el soldado don Juan Esteban Rodríguez; los oficiales voluntarios Vicente Mármol y Julián Colvera, y el cura párroco de la capilla del Rosario, don Julián Navarro.”

*Asimismo, en los documentos vinculados con la acción que San Martín elevó al triunvirato, se hace una muy justa mención del comportamiento del **Comandante Escalada y de sus milicianos,***

En mérito a sus servicios, la Asamblea General Constituyente, el 13 de abril de 1813, designó a Escalada “ciudadano americano de las Provincias Unidas del Río de La Plata”.

El deceso del **Capitán Justo Bermúdez**, quien no pudo perdonarse haber demorado su carga sobre los realistas, se produjo a raíz de que, no deseoso de vivir por esa causa, sin que sus cuidadores lo advirtieran, sacó el torniquete que cubría la herida de su pierna amputada y se dejó desangrar.

A su vez, el bravo **Manuel Díaz Vélez**, único prisionero que cayó en poder del enemigo, a pesar de haber sobrellevado un viaje en carruaje a Buenos Aires, falleció, meses después, a raíz de las gravísimas heridas sufridas.

Cabral, soldado heroico.

En cuanto al debido homenaje al Granadero Juan Bautista Cabral, y según el expreso pedido del Coronel San Martín, el Gobierno lo cumplió al pie de la letra. Pocos días después de formulada dicha petición, sobre la gran puerta del cuartel del Retiro, se colocó un cuadro destinado a perpetuar este acontecimiento, y en el cual se grabó la siguiente leyenda:

“Juan Bautista Cabral murió heroicamente en el campo de honor”.

Mientras existió el viejo regimiento de Granaderos, cuando se pasaba revista por la tarde en la primera compañía del escuadrón a que Cabral había pertenecido, se le saludaba llamándolo por su nombre. Cuando éste resonaba, el sargento más antiguo daba respuesta:

“Murió en el campo del honor, pero existe en nuestros corazones. ¡Viva la patria, granaderos!” En la actualidad, dicha ceremonia se sigue repitiendo con idénticas características para memoria y honor de quien ofrendó su vida para salvar la de quien estaba destinado a lograr la libertad de medio continente. ¡Honor! ¡Honor, al gran Cabral!”.

D. José Pacífico Otero - “Historia del Libertador Don José de San Martín”

“... sesenta lanzas acostadas sobre su línea horizontal de muerte desflecaban por primera vez en un campo de batalla los colores de la patria”.

“San Martín encabezaba un cuarto de cuadra de animales, hombres y sables que avanzaban rompiendo la tierra con un solo golpe de manos, con un solo golpe de patas de caballos que corrían como si hubieran sido preparados para ese día, sólo para ese momento y únicamente para esa acción; y el caballo y jinete, convertidos en un solo corazón bombeando coraje, estrenaban en el Sur del continente un nuevo y magnífico umbral de la independencia americana.”

La hora había llegado y el párroco Julián Navarro, el mismo que acompañara al General Belgrano y su Ejército durante su permanencia en la Villa del Rosario, encomendó al Señor el alma de los que allí se iban a enfrentar.

Según el citado autor- y siempre sobre el relato presencial de Robertson, el Combate que cambiaría el destino de Sudamérica se desarrolló de esta manera:

- *“San Martín deja los muros del convento y arranca por izquierda a la cabeza de sesenta granaderos.*

Combate de San Lorenzo

- El capitán Bermúdez parte por la derecha, al mando de sesenta hombres con orden de golpear sobre uno de los flancos de la columna realista e impedir la retirada.
- La columna de San Martín recibe la primera carga de fusilería y caen- heridos de muerte- los primeros granaderos de San Martín.
- Zabala advierte que también será atacado por el flanco izquierdo.
- Zabala ordena una segunda descarga sobre la columna de la derecha. Una bala hace impacto en el caballo de San Martín. El animal se para de manos con la cabeza torcida buscando el vacío.
- Bermúdez se ha desviado demasiado en su ataque por la izquierda. Tuerce más a la derecha. Aunque se ha demorado, su fuerza y decisión desconciertan a los realistas.
- El caballo de San Martín cae muerto y aplasta con su cuerpo la pierna derecha de nuestro héroe. Zabala repara en el uniforme del oficial caído. Reconoce su rango y decide ultimarle.
- San Martín ha quedado como muerto con la pierna derecha debajo del cadáver del caballo. Parece inconsciente por el golpe que ha recibido al chocar contra el suelo.
- Bermúdez rompe el orden de la columna española pero no consigue envolverla.
- Los realistas tratan desesperadamente de formar cuadro
- Un soldado enemigo advierte que San Martín se mueve y está tratando de zafarse del caballo.
- Zabala ordena matar al caído y él mismo trata de aproximársele.
- Un soldado realista descarga un golpe sobre San Martín, quien alcanza a voltear rápidamente la cabeza. No obstante, el arma enemiga le ha cortado la cara y la cicatriz le quedaría para siempre en su mejilla izquierda.
- Varios granaderos se abalanzan para auxiliar a su jefe caído.
- El oficial Hipólito Bouchard provoca pánico y asombro cuando trepa con su caballo por encima de los soldados enemigos, le arrebató la enseña al abanderado español y le da muerte.
- Varios españoles siguen avanzando hacia San Martín.
- Un realista endereza su bayoneta contra la espalda del jefe criollo.
- El granadero Juan Bautista Baigorria se adelanta y hunde su lanza en el cuerpo del español.
- Otro heroico granadero, Juan Bautista Cabral, se arroja del caballo al ver a su jefe en tan difícil situación.
- Cabral, con los brazos libres, alcanza a su jefe.
- Se generaliza una lucha cuerpo a cuerpo.
- Un balazo detiene la carrera de Cabral; el granadero acusa el impacto, se ladea como para caer, lentamente vuelve a recuperar la vertical y reanuda la carrera hacia su jefe. Fluye la sangre, mas el joven correntino sólo desea llegar hasta San Martín para cubrirle la espalda.
- El Párroco Navarro asiste, de rodillas, a españoles y granaderos moribundos. Algunos tienen espantosas mutilaciones en la cabeza y en la cara.
- Bermúdez inicia una segunda carga para evitar la fuga de los españoles.
- Cabral ha tomado a San Martín de las axilas y- a pesar de la pérdida de sangre- parece mantener las fuerzas intactas pues consigue hacer zafar la pierna de su jefe.
- Los españoles descargan sus últimos tiros, intentando cubrir su retirada.

Combate de San Lorenzo

- *Muy cerca, un realista grita “¡Viva el rey!” al tiempo que termina de atravesar por la espalda al granadero Cabral.*
- *Cabral cae sobre el cuerpo de San Martín murmurando un “¡Viva la Patria!” que comienza a caérsele lentamente de la boca como un vómito de sangre.*
- *Sobre el español que ha herido mortalmente a Cabral caen sables y se hunden lanzas; el hombre, irreconocible, cae cerca del caballo muerto.*
- *Desde la nave capitana un oficial de marina dirige el fuego de los cañones para cubrir la retirada de los realistas.*
- *Bermúdez corre al galope tendido para detener a los realistas. Siente que se le duermen la pierna y el muslo, se mira la pierna y comprueba que le han arrancado la rótula.*
- *El joven teniente Manuel Díaz Vélez continúa la carga de su jefe herido, con tal furia y deseo de venganza que le es imposible detener su caballo antes de llegar a la barranca y ambos caen, desde allí, sobre los realistas que no pueden creer lo que están viendo.*
- *Dos bayonetas atraviesan al atrevido oficial rioplatense.*
- *Zabala ordena reembarcar. Está herido y derrotado pero no ha perdido su fiereza.*
- *San Martín ordena recoger y curar a los heridos de ambos bandos indistintamente. Está herido en la cara, con la pierna llena de magullones y un brazo inmovilizado. Es el vencedor. La sangre del cuello de su uniforme es suya; los grandes manchones de los hombros y de la espalda le pertenecen al granadero Cabral.*
- *Un realista cree que debe terminar con la vida de Díaz Vélez y le abre la frente de un culatazo. No obstante, el joven sigue respirando.*
- *San Martín se quita la chaqueta manchada con su sangre y la de Cabral y, a la sombra de un pino, por no poder mover su brazo, dicta al teniente Mariano Necochea el parte del Combate.*
- *Ha habido veintiséis bajas: seis muertos y los demás, heridos.*
- *Desde el pino del convento que lo defiende del fortísimo sol del mediodía, San Martín puede ver el botín de guerra: cuarenta y un fusiles en muy buen estado; fusiles rotos o inutilizados; un cañón; ciento noventa y dos piedras de chispa; ocho espadas; ocho bayoneta y ocho pistolas.*
- *El parte del combate ha sido redactado y su escribiente, el teniente Necochea, tendrá el honor y la responsabilidad de llevarlo a Buenos Aires al galope tendido. Para San Martín, San Lorenzo ya era de esos queridos muertos que jamás olvidaría y pensaba que- gracias a ellos- la independencia podía comenzar a ensayar su primera sonrisa.”*

Agustín Pérez Pardilla - “El Libertador Cabalga”

PARTE DEL COMBATE DE SAN LORENZO SUSCRITO POR EL CORONEL JOSE de SAN MARTIN, AL SUPERIOR GOBIERNO. SAN LORENZO, 3 de FEBRERO de 1813

Exmo. Señor.

Tengo el honor de decir a V.E. que en el día 3 de febrero los granaderos de mi mando en su primer ensayo han agregado un nuevo triunfo á las armas de la patria. Los enemigos en numero de 250 hombres desembarcaron a las 5 y media de la mañana en el puerto de S. Lorenzo, y se dirigieron sin oposición al colegio S. Carlos conforme al plan que tenían meditado en dos divisiones de a 60 hombres cada una, los ataques por derecha e izquierda, hicieron no obstante una esforzada resistencia sostenida por lo fuegos de los buques, pero no capaz de contener el intrépido arrojó con que los granaderos cargaron sobre ellos sable en mano: al punto se replegaron en fuga a las bajadas dejando en el campo de batalla 40 muertos, 14 prisioneros de ellos, 12 heridos sin incluir los que se desplomaron, y llevaron consigo, que por los regueros de sangre, que se ven en las barrancas considero mayor numero. Dos cañones, 40 fusiles, 4 bayonetas, y una bandera que pongo en manos de V.E. y la arrancó con la vida al abanderado

Combate de San Lorenzo

el valiente oficial D. Hipolito Bouchard. De nuestra parte se han perdido 26 hombres, 6 muertos, y los demás heridos, de este número son: el capitán D. Justo Bermúdez, y el teniente Manuel Díaz Velez, que avanzándose con energía hasta el borde de la barranca cayó este recomendable oficial en manos del enemigo.

El valor e intrepidez que han manifestado la oficialidad y tropa de mi mando los hace acreedores a los respetos de la patria, y atenciones de V.E.; cuento entre estos al esforzado y benemérito párroco Dr. Julián Navarro, que se presentó con valor animando con su voz, y suministrando los auxilios espirituales en el campo de batalla: igualmente lo han contraído los oficiales voluntarios D. Vicente Mármol, y D. Julián Corvera, que á la par de los míos permanecieron con denuedo en todos los peligros.

Seguramente el valor e intrepidez de mis granaderos hubieran terminado en este día de un solo golpe las invasiones de los enemigos en las costas del Paraná, si la proximidad de las bajadas no hubiera protegido su fuga, pero me arrojo a pronosticar sin temor que este escarmiento será un principio para que los enemigos no vuelvan a inquietar a estos pacíficos moradores.

Dios guarde a V.E. muchos años. San Lorenzo febrero 3 de 1813